



Organizaciones locales e integración social
 en los Asentamientos Irregulares

**CUANDO
 LOS OLVIDADOS
 SE ORGANIZAN***

Denis Merklen**

Introducción

Las organizaciones barriales se han revelado un importante factor de integración social, particularmente en el caso de las poblaciones marginales de las grandes ciudades latinoamericanas. Numerosas experiencias dan testimonio de ello; sin embargo, no siempre se reconoce su papel en la recomposición de los lazos sociales. Con frecuencia son vistas por los gobiernos como un elemento desestabilizador, por los técnicos como una dificultad al planeamiento y por los partidos políticos como un mero instrumento electoral.

Mostrar dónde reside la importancia de estas organizaciones y cuál es el rol preciso que pueden desempeñar nos obligará a observar el tratamiento de la cuestión social en América Latina, sin duda el principal problema del continente. Pese a los avances en materia estadística, aún no contamos con un enfoque acertado sobre el problema. Por el contrario, su consideración en términos de pobreza, hegemónica actualmente, impide ver y tratar otras facetas de la cuestión. Es necesario admitir que, junto al empobrecimiento, las transformaciones vividas por las

sociedades latinoamericanas han provocado importantes problemas de integración social.

1. La cuestión social en América Latina

El cambio en el modelo de desarrollo que se ha dado en América Latina a partir de la aplicación de las llamadas políticas del "consenso de Washington"¹ y del agotamiento del modelo anterior, ha provocado cambios en la estructura social que han desestabilizado a su vez las vías de integración social y las formas de socialización, cambios que es esencial comprender a la hora de actuar sobre la cuestión social.

El aumento del desempleo, la puesta en cuestión del contrato de tiempo indeterminado, el crecimiento del empleo informal, el debilitamiento del rol de los sindicatos, la disminución de la presencia del Estado en áreas claves de la política social, la pérdida de calidad educativa para los más pobres y la creciente dificultad de la escuela para vincular a los jóvenes con el empleo, junto con el empobrecimiento y el aumento de la inequidad en la distribución del ingreso, han transformado sustancialmente

la naturaleza del lazo social. Paralelamente se observan cambios en las prácticas culturales y políticas de los sectores populares. De modo que, a la hora de actuar sobre la cuestión social, las tareas que se imponen en materia de políticas públicas tampoco son las mismas.

Hasta fines de los años 60, las sociedades del Cono Sur se habían distinguido por una importante movilidad social, el éxito de sus sistemas escolares, una temprana industrialización, el desarrollo del mercado urbano de trabajo, y la casi inexistencia de comunidades rurales importantes. Esto tuvo un importante correlato en la cultura de los sectores populares que mayoritariamente se socializaban en el mundo del trabajo, el cual -asociado a una fuerte relación entre los sindicatos y el Estado- era la principal fuente de integración social, junto a la familia.

La creencia en el progreso y el sentimiento de pertenencia a una nación, un país o una república constituyeron valores esenciales de esas categorías. Es este conjunto de vínculos sociales y su cultura lo que comienza a deteriorarse hacia mediados de los 70. La crisis desató una serie de problemas sociales que no sólo aún no han encontrado solución, sino que en algunos casos se han profundizado.

Esas transformaciones fueron acompañadas por cambios en las formas de tratamiento de la cuestión social, hecho que ha tenido importantes consecuencias. Hacia 1980 comienza un redescubrimiento de la cuestión social que, significativamente, pasó a ser considerada en términos de pobreza. El crecimiento de las tasas de pobreza se convirtió en la preocupación central y el problema pasó a ser enfocado exclusivamente en torno a la figura del pobre.

Evidentemente los datos justificaron largamente el uso del término: los niveles de pobreza moderada y de pobreza extrema presentaban en 1995 niveles semejantes a los registrados veinte años antes y muy superiores a los registrados en 1980². Así, "aumento y profundización de la pobreza", aparición de una "nueva pobreza", "pauperización creciente", "nuevos y viejos pobres", son algunos de los tópicos más frecuentados por la literatura.

En este contexto, si bien los investigadores locales jugaron un papel importante en la redefinición del problema, han sido los organismos internacionales (Banco Mundial, BID, OIT, CEPAL, UNICEF, PNUD) quienes han tenido la legitimidad intelectual, los recursos económicos y la capacidad de reconducir el cambio y los debates³.

La noción de pobreza adquirió una posición hegemónica y todos los debates pasaron a girar en torno a las diferentes definiciones de la categoría, debate que en la mayoría de los casos se refirió a los aspectos técnicos sobre la medición de la pobreza o a la línea demarcatoria a partir de la cual una población es considerada pobre, indigente, etc⁴.

Este cambio de enfoque sobre la cuestión social ha significado progresos importantes, no sólo a nivel

metodológico y estadístico, sino que ha permitido unificar criterios de medición que posibilitan observar la evolución en el tiempo y las diferencias entre países y regiones. Sin embargo, el tratamiento de la cuestión exclusivamente en estos términos ha dejado en la sombra o en el olvido una parte importante del problema, aplanando los debates y reduciendo el repertorio de las respuestas legítimas. Particularmente, demorando la consideración de los problemas de integración.

La novedad fue significativa ya que, hasta entonces, el tratamiento de la cuestión social se había realizado en América Latina bajo conceptos que reflejaban no sólo otros enfoques intelectuales sino principalmente otras preocupaciones políticas. Siendo una región con una importante independencia intelectual, el tratamiento de la cuestión social y del desarrollo habían llevado a la construcción de un amplio panel de herramientas teóricas: la teoría de la dependencia, los debates en torno a la marginalidad, la influencia de la CEPAL y los aportes de Raúl Prebisch sobre el deterioro de los términos de intercambio.

Nadie duda que la pobreza constituye una de las principales preocupaciones de América Latina, siendo la región con la distribución de ingreso más desigual del mundo⁵. Allí están en juego no sólo la estabilidad de las sociedades, sino la vida y el porvenir de millones de personas. No obstante, es necesario prestar atención a los problemas de integración. Por un lado, nos encontramos actualmente con una importante cantidad de personas para los cuales la sociedad no tiene ningún lugar respetable, "inútiles al mundo" o "supernumerarios"⁶.

Pero simultáneamente hay un aumento de las experiencias de vulnerabilidad, de inestabilidad, de fragilidad, de precariedad. Estos términos no son de ninguna manera sinónimo de pobreza, ni en lo que concierne a su significado académico ni en su significado político y constituyen una distinción esencial a la hora de pensar en políticas para el desarrollo. Los individuos afectados por déficits de integración y por la pobreza son los mismos, pero diferentes son los problemas y las soluciones.

La idea de pobreza remite a una percepción economicista de la cuestión social y la figura del pobre está determinada por la *falta*; de modo que es pobre quien carece de algo, aquel al que el dinero no alcanza. Principalmente es el acceso deficitario al mercado lo que define a un pobre. Se trata de aquel que no accede a numerosos elementos del consumo, bienes y servicios que hacen al bienestar, al placer, a la felicidad y a la necesidad.

Así, la pobreza resulta el anverso de la riqueza, su sombra, su lado oscuro. Cuando se califica de pobreza a la cuestión social es porque se tiene la pretensión de que la sociedad se reduce a su costado económico; la ilusión de que una vez establecida la democracia, sólo resta una única tarea a la política: velar por el desarrollo

2 12438-9

económico de la sociedad.

La pobreza da la idea de que basta con redistribuir los recursos y aumentar el ingreso para solucionar el problema. Con esto se olvida que no sólo se trabaja para ganar dinero. También se lo hace para ser respetable, para ser considerado una persona digna. El orgullo que proviene de participar en la grandeza de la patria porque se participa en la creación de su riqueza. La dignidad que provoca el ganarse la vida. La fe en el progreso que brinda el ascenso social, la mayor parte de las veces de la mano del éxito en la carrera escolar. El salario decente es también reconocimiento social y trabajar es participar, sentir que *se está dentro*.

La seguridad, la energía y el deseo de buscar trabajo, de rendirse a las normas sociales, de participar en las decisiones políticas, de esforzarse durante años en una escolarización difícil, provienen del sentimiento de pertenencia. Se sabe que se posee un lugar en el mundo, que merece respeto y es necesario cuidarlo.

El ejemplo del robo de gallinas, muy rápidamente asociado con el hambre, es ilustrativo. En ese caso, ¿por qué se roba?; o mejor aún, ¿por qué no robar? El ladrón de suburbio no roba sólo para comer, aunque muchas veces esa sea la causa principal del hurto. Lo hace también porque ya no respeta las normas de una sociedad que lo deja fuera y siente desprecio por quienes lo olvidan, sólo quieren no verlo, no saber de él. Ese robo es el medio de acceder a algo que se desea, pero es también mostrar que se está allí, que se es importante y que se es capaz de burlarse de ese mundo arrogante y ostentoso, como lo hacían los "Capitanes de la arena" de Jorge Amado. Así, el robo quiere mostrar que la vulnerabilidad también puede situarse del otro lado de la muralla; y tal vez sea esa una de las razones de la violencia que muchas veces se asocia al pillaje, cuyo ejemplo más paradigmático es la violencia sobre las escuelas suburbanas (inexplicable desde el punto de vista de la pobreza).

Por otra parte, la pobreza es un concepto demasiado amplio y que a veces lleva a confusión. Pobre puede ser un campesino minifundista, un trabajador agrícola golondrina, un empleado municipal, el habitante de un asentamiento ilegal, un inmigrante clandestino, un trabajador informal, un vagabundo. Pobre es el indio en su comunidad y sigue siéndolo cuando llega a la ciudad. Pobre es el obrero de la década del 50 y el joven supernumerario de los suburbios de fin de siglo, pero uno se encuentra bien integrado mientras que el otro siente que no hay un lugar respetable para él en este mundo.

Entre todos ellos sólo tienen en común el ingreso escaso; pero ¿cómo han llegado a ser pobres? ¿Qué es lo que los hace pobres? Y mucho más importante, ¿cuál es la puerta de salida? Entre todas estas figuras no hay casi nada en común, y los caminos de salida son

diferentes, porque son distintos los marcos relacionales asociados a su condición. Saber que alguien es pobre nos sirve para constatar que le hace falta algo, pero todavía no sabemos qué.

¿Qué quiere decir problemas de integración social, a fines de los noventa? Que se corre el riesgo de la fractura social y de la exclusión. El *ghetto* es la expresión por excelencia de la exclusión en las ciudades. La sociedad se fragmenta, los ciudadanos se encierran: los excluidos en el ghetto, los ricos en el country.⁷ Dentro del ghetto se produce un encierro identitario, sus habitantes pasan a pertenecer a una misma comunidad y se construye una mirada de desprecio hacia todo lo que viene desde fuera. Desde el exterior del ghetto, por su parte, se observa al lugar a través del estigma: sus vecinos son calificados de sucios, feos y malos además de haraganes, promiscuos y portadores de costumbres antisociales.

Llegados a este punto se eleva un muro que separa los dos mundos, una frontera que sirve a ambos para sentirse protegido entre los suyos, pero que impide el diálogo y el reconocimiento. Si hay algo que todos desean es mostrar que no son como quien habita del otro lado. Algunas veces la distinción racial, religiosa o lingüística provoca una naturalización de la diferencia y se tiene la ilusión de que allí está la causa de los problemas; pero cuando tales excusas no se presentan, se observa que las murallas y la diferencia provienen de las fallas en la integración social. Se percibe en ese momento que no somos todos ciudadanos iguales, integrantes de una comunidad nacional. Que los lazos sociales que sostienen al individuo no son sólidos. El individuo libre y responsable es el ideal de la integración social moderna. Pero ese individuo no es autosuficiente, como nos tienta a creer la experiencia personal cuando todo marcha bien y podemos expandimos. El individuo necesita soportes, que en las sociedades latinoamericanas son de tres tipos: a) asociados al empleo, b) asociados a la ciudadanía y al Estado, y c) asociados a la familia, el vecinazgo y las relaciones interpersonales⁸.

El problema en América Latina, y particularmente en los países del Cono Sur es que se han debilitado tanto los soportes de tipo a) como los de tipo b), luego de un siglo de construcción de esas redes de integración social. En consecuencia, se han reforzado los lazos de tipo c), favoreciendo la aparición de comunidades marginales de base territorial. Si se agrava este escenario, las sociedades perderán su armonía y los individuos la autonomía necesaria para convertirse en actores económicos y en ciudadanos libres y responsables.

Hay una pérdida *de sentido*. La identidad de los sujetos se encuentra amenazada y el sentimiento de pertenencia afectado. Estudios recientes muestran las repercusiones de los problemas de integración social sobre la subjetividad. En una investigación reciente realizada por el PNUD en Chile⁹ se hace referencia a tres miedos en los que se observa esa repercusión en la población: la gente tiene miedo al

otro, miedo a la exclusión y miedo al sinsentido.

Otros trabajos¹⁰ muestran un deterioro de la fe en el progreso, otrora asociada a la movilidad social ascendente, al poder integrador de la escuela pública, del trabajo y del Estado. Estos indicios, particularmente fuertes entre los sectores populares y de ingresos medios, muestran una subjetividad afectada: sujetos temerosos y sin fe difícilmente podrán sumarse a proyectos de desarrollo que reclaman individuos hiperpoderosos, cargados de iniciativa y de una voluntad inagotable.

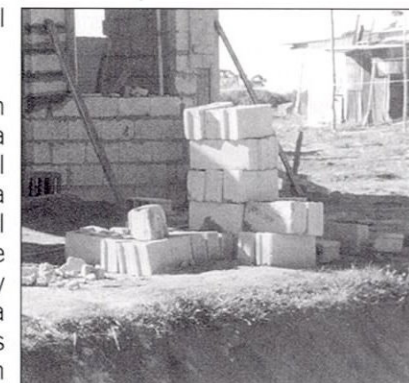
Las políticas sociales deben ayudar a recomponer los lazos deteriorados y a recrear vínculos. Llevamos varias décadas discutiendo si las políticas sociales deben ser de tipo universalista o focalizadas, pero existe otro debate menos frecuentado y por cierto más importante: ¿cuál es el objetivo de dichas políticas? Debemos orientar una parte de nuestros esfuerzos a reforzar la capacidad integradora de nuestras sociedades y a disminuir aquellas zonas de turbulencia donde los individuos y las familias se encuentran sometidos a una incertidumbre cada vez mayor.

No se trata de crear una nueva dicotomía -inútil- entre políticas de lucha contra la pobreza versus políticas de integración social -como la disputa promoción versus asistencia-. Se trata de comprender que muchos son pobres porque tienen problemas de integración, de modo que serán eternamente dependientes de la ayuda pública en tanto no se solucione ese problema. Que mal venderán la casa a la que se les ha dado acceso para resolver los problemas urgentes que aparecerán un día u otro. Y que los problemas de integración no se resuelven sólo redistribuyendo recursos.

La inestabilidad y la precariedad invaden la cotidianeidad en los barrios marginales a niveles que otros sectores sociales no están acostumbrados, que son extraños a la experiencia de otras zonas de la ciudad (y mucho más extrañas aun a las de otras sociedades donde las instituciones rigen la vida social de un modo más sistemático).

La falta de rutinas integradoras es moneda corriente en la vida cotidiana de quienes viven allí: los trámites en el municipio, en la caja de jubilaciones o en el hospital demoran horas y demandan días de esfuerzo. Las cosas no llegan a tiempo a donde deberían llegar y los maestros suelen faltar a su función porque también están afectados por la inestabilidad, aun cuando la escuela sea uno de los vínculos institucionales más estables.

Como podemos constatar repetidas veces en el trabajo de campo, la inestabilidad alcanza el carácter de una regla.



Así, frente a la pregunta *¿tienes trabajo?* tal vez se responderá que ahora sí. Lo cual quiere decir que hace poco no y que mañana quién sabe. De modo que viviendo en los márgenes se hace necesario manejar la inestabilidad como un componente del día a día. Esta fragilidad se expresa en la vida cotidiana pero tiene su origen en la forma de las instituciones que organizan la cohesión social.

La vulnerabilidad favorece la cultura del cazador. Quienes caen en una situación de vulnerabilidad, como consecuencia de la persistencia de los problemas de integración, se mueven en el mundo mucho más como cazadores que como agricultores.¹¹

No proyectan sus vidas en función de cosechas anuales, que deberían programarse en armonía con los ciclos de la naturaleza. Refugiados en sus barrios, perciben a la ciudad como un mundo extraño y que puede ser hostil. Por otra parte, salen cotidianamente a la ciudad como si ésta fuera un bosque que ofrece un repertorio variado de posibilidades. Hoy quizás obtengan una buena pieza, mañana tal vez no.

Juegan su suerte en la oportunidad que le ofrecen los intersticios de unas instituciones cuyos márgenes no están definidos por una línea nítida, son difusos. La informalidad de la economía y la laxitud de los reglamentos ofrecen espacios en los que se puede encontrar de qué vivir. Unos con un espíritu de resignación y rechazo hacia los valores dominantes, otros pensando que un lugar estable puede estar aguardándolos o que tienen derecho a él.

Aumenta así la distancia entre el carácter formal de las instituciones y la experiencia que los sujetos tienen de ellas. Una rápida comparación muestra que en sociedades más reglamentadas que las latinoamericanas, como las de algunos países europeos, las instituciones funcionan de un modo más sistemático y regularizan en mayor medida la vida cotidiana. Puede destacarse una mayor correspondencia entre formalidad legal y "realidad", que las instituciones poseen una universalidad mayor y dejan brechas menores entre ellas, y que éstas tienen una influencia mayor en la socialización y pueden articular mejor el pasaje del individuo de una a otra en diferentes etapas de su vida.

Todo esto tiene un efecto de retroalimentación sobre otras áreas de la vida social que así se regularizan, como el esparcimiento o el consumo. Esa "rigidez" institucional permitió garantizar la integración social durante el período en que hubo pleno empleo, ya que a partir de la inserción laboral cobran sentido otras participaciones institucionales, como la educación, por ejemplo. La sociedad se parece a un sistema. En cambio, en momentos de crisis como los que viven esas sociedades hace dos décadas, se produce

un quiebre del sistema institucional que deja a muchos individuos casi completamente fuera. Este clima es el que explica la profusa difusión de la idea de exclusión en Francia, por ejemplo.

En cambio, las instituciones de las sociedades latinoamericanas dejan sin reglamentar o lo hacen de forma laxa, importantes ámbitos de la vida social, una de cuyas expresiones más claras es la informalidad. Leyes y normas que no se cumplen, economía en negro, débiles controles públicos...

La experiencia vivida puede expresarse así: tienes empleo pero la mitad de tu salario es en negro. La cobertura de la salud existe pero no cubre. No se garantiza la seguridad social para todos. Los niños van a la escuela pero no aprenden un saber reconocido como útil. Tal vez tienes jubilación, pero la paga es insuficiente o irregular. Puedes ir al médico pero no tienes los remedios. El hospital tiene un aparato para curarte pero no los insumos para hacerlo marchar.

No se trata de que las instituciones modernas no existan, sino que la forma real que adoptan deja huecos en la sociedad que son cubiertos por otras formas de lo social, como las que encontramos en los barrios marginales. Esa realidad institucional permite el desarrollo de una cultura de la periferia, donde es imposible definir los límites del adentro y del afuera. Por eso elegimos hablar de *marginalidad social*, si se entiende con ello vivir en y de los márgenes, y no fuera de ellos. En el mismo sentido, el término *excluido* no corresponde a nuestra realidad social, salvo en algunas situaciones muy específicas.

¿Hasta dónde tiene que ver todo esto con la pobreza? Evidentemente quienes viven en los barrios marginales son pobres. Sin embargo, si bien es una importante vía para el tratamiento de la cuestión, la noción de pobreza es insuficiente para pensar lo que hemos tratado de describir. En cambio, una mejor interpretación de nuestro caso se logra incluyendo ideas como las de vulnerabilidad, fragilidad e inestabilidad. Con lo cual quiere decirse que el individuo carece del tipo de reaseguros que brindan el empleo estable o la propiedad, pero también la integración a un sistema institucional abierto y sólido.

La fragilidad se expresa en la inestabilidad permanente y en la necesidad de adaptarse a vivir el día a día. En cambio un pobre puede estar perfectamente integrado y ocupar una posición clara en la estructura social; como en el caso de un trabajador asalariado cuyo ingreso es insuficiente y cuyos problemas, en todo caso, pueden resolverse con un aumento de los ingresos. La diferencia fundamental entre el pobre y el marginal es que el primero tiene un lugar claro en el mundo. La idea de vulnerabilidad refiere a los problemas de integración social y expresa una fragilidad de los lazos sociales -de solidaridad, diría Durkheim.

Todo esto representa un cambio en la cultura de los sectores populares y en sus formas de socialización. Puede decirse que hasta los años 70, en términos generales, la cultura de los sectores populares en el Cono Sur se construyó en torno al trabajo asalariado, aunque ésta nunca alcanzara los niveles de la "sociedad salarial" europea (Castel, 1995).

Un conjunto de instituciones cuyo centro ocupaba el Estado organizaban la existencia social de los individuos, de modo que en cada una de ellas podía desarrollarse una faceta de la vida cotidiana y los pasajes de una a otra estaban garantizados. Esa centralidad del Estado pretendía brindar -y lo hizo con éxito durante un buen tiempo-, una cierta estabilidad y la protección frente a los aleas de la existencia, incluidos los períodos no productivos de la vida: la seguridad social.

La cohesión estaba garantizada, y es por ello que la conflictividad social era representada en términos de desigualdad o de inequidad; de ningún modo equivalente a la problemática de la exclusión, la marginalidad o la integración social. En términos políticos, esto implicó un desarrollo de la participación bajo la forma de lucha por los derechos de los trabajadores -en casos como el peronismo o el varguismo- o por los derechos de la ciudadanía -en casos como el batllismo-.

Un conjunto de circunstancias terminaron por desplazar al trabajador del centro de la cultura popular: la modificación del contrato de trabajo, el aumento de la subocupación, la desocupación y la economía informal; la crisis financiera del Estado que socavó las políticas sociales; el deterioro de los ingresos; la pérdida de peso de los sindicatos dentro de la vida social y política, y la aparición del sentimiento de fragmentación social junto con la pérdida del sentimiento de pertenencia -el trabajador se siente participe en la creación de la riqueza nacional, sentimiento completamente diferente del experimentado por el supernumerario para quien no hay una plaza segura ni respetable.

La vida en los sectores populares urbanos de fin de siglo es inestable principalmente debido a su débil integración al empleo y a la educación, pero también debido a la fragilidad de la mayor parte de los vínculos institucionales en los que participan. Así, la vulnerabilidad les fuerza a la búsqueda permanente del intersticio.

En los márgenes de nuestras sociedades se vive una experiencia similar a la del Lazarillo de Tormes en la España del siglo XVI, que va de un amo en otro y de un empleo en otro utilizando su picardía para buscar de qué vivir en una sociedad que no tiene un lugar estable para él¹².

La picardía se traduce en viveza, nuestra viveza criolla. En efecto, la vida en los márgenes reclama viveza tanto para ganarse la vida como para participar en proyectos colectivos; vivir allí requiere una astucia especial en un mundo donde nada parece garantizado: hace falta la sagacidad de los cazadores. Lo que expresa también la

necesidad de actuar en un mundo culturalmente diferente.

Cuando la sociedad no emite señales claras que identifiquen caminos para la integración plena, los jóvenes de los barrios marginales deben aprender a vivir en los márgenes a riesgo de perecer o de quedar excluidos para siempre. De modo que decir que en estos barrios se vive en los "intersticios" que ofrecen las instituciones o en los "márgenes" de las mismas, es una metáfora que tiene significados concretos.

Quiere decir organizarse con otros para proveerse de un terreno y un lugar en la ciudad cuando no se puede acceder al mercado inmobiliario y no hay políticas sociales que permitan acceder a la vivienda. Quiere decir conchabarse en empleos que la mayor parte de las veces serán en negro, temporarios, mal pagos, sin sindicalización. Quiere decir que el mercado no les ofrece posibilidades de éxito. Quiere decir que no se poseen garantías para la vejez, para la infancia, para el accidente o para la enfermedad, y que habrá que recurrir a otras alternativas para ello.

Quiere decir que la participación política va a tomar un importante componente de intercambios y negociaciones concretas con el poder local. Que no se va a votar sólo para construir una nación mejor o para ampliar el contenido de la ciudadanía, sino que a cambio de la adhesión política se exigirá una respuesta inmediata, cosas concretas para mi barrio.

Quiere decir que los proyectos educativos se van a asociar mucho más a esa supervivencia que a proyectos de desarrollo personal. Pero también quiere decir que no se vive en una cultura completamente separada del resto. Que existen vasos comunicantes entre la comunidad barrial y el resto de la ciudad. Que el juego político se encuentra abierto a determinados reclamos por los cuales aún se puede luchar. Que la condición social no es estática y que el destino social no se percibe como fijado para siempre.

* El presente trabajo es parte de un documento preparado para el Forum "Culture et Développement" de la XL Asamblea anual de Gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), París, marzo de 1999. El trabajo se basa en experiencias de programas gubernamentales e investigaciones en barrios marginales de Buenos Aires y Montevideo, que el autor lleva a cabo desde 1988.

** Denis Merklen, sociólogo uruguayo radicado mucho tiempo en Argentina, se desempeña actualmente en el Centre d'Études des Mouvements Sociaux de la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Ha trabajado en la

Universidad de Buenos Aires y en programas gubernamentales y organismos internacionales.

¹ Cf. WILLIAMSON, J., "The Washington Consensus revisited". Paper, Development Thinking and Practice. Conference, IDP, Washington DC, setiembre 1996.

² Cf. Banco Interamericano de Desarrollo, "América Latina tras una década de reformas. Progreso económico y social", Washington, 1997.

³ Para un análisis de las diferencias entre los organismos internacionales sobre este punto cf. KESSLER, Gabriel: "Le processus de paupérisation de la classe moyenne argentine", Paris, Thèse de doctorat, EHESS, 1998.

⁴ Cf. MERKLEN, Denis, "Las formas de medición de la pobreza en la Argentina. El método de la Línea de Pobreza y de las Necesidades Básicas Insatisfechas", Buenos Aires, Monografía para el Master de Investigación en Ciencias Sociales de la UBA, 1995.

⁵ Cf. KLIKSBERG, Bernardo (compilador), "Pobreza. Un tema imposterizable. Nuevas respuestas a nivel mundial", México, CLAD/FCE/PNUD, 1993; KLIKSBERG, Bernardo, "Repensando el rol del estado para el desarrollo social. Más allá de dogmas y convencionalismos", Seminario Modelos Avanzados de Gerencia Social, Buenos Aires, 1998.

⁶ Cf. CASTEL, Robert, "Les métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat", Paris, Fayard, 1995.

⁷ Paralelamente al aumento de las ocupaciones ilegales de tierras se da una proliferación de barrios cerrados para uso exclusivo de poblaciones de altos ingresos. Para un estudio del caso de Buenos Aires cf. Federico ROBERT, "La gran muralla: aproximación al tema de los barrios cerrados en la Región metropolitana de Buenos Aires", Seminario de investigación urbana "El nuevo milenio y lo urbano", UBA, Buenos Aires 1998.

⁸ Robert Castel (1995) propone la existencia de "soportes" sociales que se encuentran en la base del individuo -moderno- en un sentido positivo. De acuerdo con su análisis para el caso de las sociedades de "capitalismo renano", estos son de tres tipos: asociados a la propiedad privada, al trabajo y a la "propiedad social" (las formas de protección ligadas al Estado social). La ausencia de estos soportes llevaría a la aparición de individuos en un sentido negativo, "individuos por defecto", aislados a causa de los procesos de desafiliación.

⁹ Cf. LECHNER, Norbert, "Desafíos del desarrollo humano: modernización y subjetividad", trabajo presentado al Forum "Culture et Développement", BID/Sciences Po, Paris, octubre 1998.

¹⁰ Cf. MINUJIN, Alberto y KESSLER, Gabriel, "La nueva pobreza en Argentina", Buenos Aires, Planeta, 1995.

¹¹ Cf. MERKLEN, Denis, "Vivir en los márgenes: la lógica del cazador", en M. Svampa, "Política, trabajo y religión. Miradas desde abajo", Buenos Aires, Losada (en prensa).

¹² El ejemplo del Lazarillo de Tormes como metáfora de la marginalidad pertenece a CASTEL, Robert, "Les marginaux dans l'histoire" in Serge PAUGAM, L'exclusion, l'état des savoirs, Paris, La Découverte, 1996.

